





EL CORAZÓN DEL REY





KARINE BERNAL LOBO

EL CORAZÓN DEL REY

Los secretos
derrumban imperios

ILUSTRACIONES DE
Álvaro Cardozo

 Planeta



© Karine Bernal Lobo, 2025

© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2025

Calle 73 n.º 7-60, Bogotá

www.planetadelibros.com.co

Ilustraciones: © Álvaro Cardozo

Primera edición (Colombia): noviembre de 2025

ISBN 13: 978-628-7860-01-8

ISBN 10: 628-7860-01-4

Impresión: xxxxxxxx xxxxxxxx

Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

De Emily para Magnus, La vie en rose de Édith Piaf.

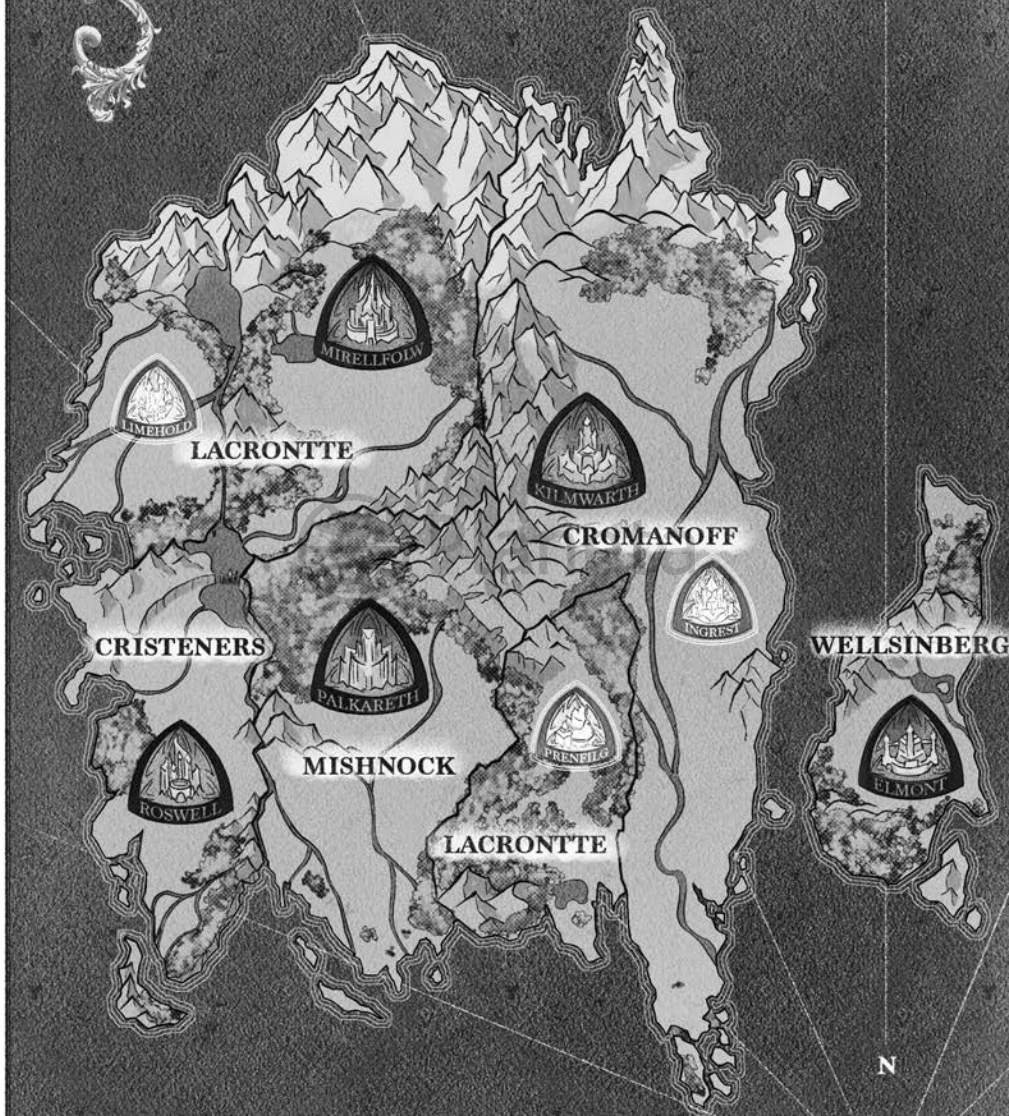
De Magnus para Emily, Je vais t'aimer de Michel Sardou.

Y para ti, que huyes en la noche hacia universos infinitos y al amanecer finges que la energía aún te acompaña, este libro.

Recuerda que está bien perderte en tantos mundos como desees; solo no olvides que el tuyo también guarda maravillas que esperan por ti. Ve hacia ellas, valiente, con la cabeza en alto y el corazón despierto.



KARBELOB



MAR
ASMODEEN







Días antes

MAGNUS



La brisa es fuerte, pesada y ruidosa. El viento parece rugir en el aire, tanto que me gusta pensar que ha empezado a rabiar para alentarme. Puede que sea solo ego, pero ¿qué más da? Me duelen la espalda y las piernas después del viaje, por lo que me cuesta subir las escaleras hasta la segunda planta del palacio de Fulhenor. Nadie me anuncia, autoriza o detiene. El afán que me guía habla por mí. Estoy decidido. Emily es la única capaz de causarme este frenesí. La detesto por ello. No puedo creer lo que estoy a punto de hacer... Es decir, ¿de verdad quiero hacerlo? ¿Con una plebeya? No, ella es mucho más que una simple plebeya. Es mi Emilia.

Me tiemblan las manos como la primera vez que asesiné a alguien, aunque esa no es la imagen que quiero en la cabeza. Quizás debí hacer una lista de las cosas buenas y malas que traerá esta decisión antes de venir aquí, pero en el fondo lo único que necesito es plantearme algunas preguntas para las que ya tengo respuesta.

¿Quiero besarla?

Sí.

¿Quiero que sea solo mía?

Claro que sí.

¿Quiero que viva conmigo?

Es espeluznante reconocer que lo deseo absolutamente.



¿Quiero verla todos los días?
Por todo mi reino, ¡sí!
¿Quiero que me quiera?
Es lo único que anhelo.

—El rey está descansando, majestad —me informa un guardia cuando llego a la habitación de mi primo—. Podemos adecuarle una alcoba. Podrá reunirse con él a primera hora de la mañana.

—Ya es primera hora de la mañana: son las dos de la madrugada. Es un nuevo día y esto es urgente. Llámenlo.

Los dos custodios se miran entre sí. Su lealtad está con Gregorie, no conmigo, aun cuando en el fondo saben que tampoco es buena idea hacerme enojar. ¡Qué pesadilla es no tener poder absoluto en todos los reinos!

Al fin uno se mueve y da un par de golpes mientras me anuncia. Entreabre la puerta con cuidado y desde el marco se disculpa por despertarlo. No me contengo y lo hago a un lado para entrar. Mi primo está acostado con las sábanas sobre el pecho y a su lado hay una mujer que también duerme. No tardo en darme cuenta de que se trata de Elisenda.

—¿Estamos bajo ataque? —pregunta, arrastrando las palabras cuando despierta.

Se frota los ojos con pereza y tarda en reconocermé en la oscuridad. La única luz viene de la luna que penetra por el ventanal, como si fuera una explosión a metros de distancia. Esto es decepcionante. Si de verdad fuera un atentado, ya estaría muerto.

—¿Primo? —pregunta, saliendo de la cama.

Mira hacia donde está su invitada, que sigue inmóvil en el colchón. No lo molestaría si en Cromanoff no estuviera la única mina con diamantes azules del continente. Si a Emily le gusta el azul, le daré el cielo completo.

—¿Estás seguro de que está viva? —digo, pero no sé por qué. Estoy ansioso.

Me toma del brazo y me lleva afuera. Se lo permito solo porque es la única persona que puede ayudarme con mis planes. Me guía



hasta su oficina y nos encierra en ella. Si yo estoy nervioso, él parece estarlo también.

—Tú primero. —Me señala—. Dilo tú primero y luego te cuento yo.

—Me voy a casar.

—Elisenda está embarazada. Espera, ¿qué? —Se paraliza y yo también—. ¿Con quién? ¿Conmigo? Me toma por sorpresa, pero acepto.

—¿Embarazaste a Elisenda?

En todo el camino, el corazón me latió rápido y con tanto vigor que pensé que tendría un ataque cardíaco, y ahora parece que me he quedado pasmado, en blanco y detenido en el tiempo. No esperaba esa noticia, no tan pronto.

—Bueno, ya veo que el embarazado querías ser tú, aunque sabes que es incesto, ¿verdad? A la abuela le daría un infarto si se enterara de que quieres casarte conmigo.

—No seas idiota, Gregorie. ¿Vas a ser padre?

—Sí. Y tú, esposo. ¿Le pediste matrimonio a Emily?

—No lo he hecho y no sé cómo hacerlo. Me odia, pero de verdad quiero estar con ella. ¿Tú aceptarías casarte conmigo si te hubiera traicionado de esa manera?

—Ni en mil años. —No duda en responder y juro que empiezo a perder la esperanza—. Sin embargo, no es tan mala idea. Ella no quiere estar encerrada con Stefan, eso lo tienes a tu favor. Podemos organizar una propuesta romántica con la que se le olvide que la vendiste a su secuestrador, cuando pensaba que la ayudarías a escapar, y que te burlaste de sus sentimientos.

—Gracias por tu apoyo, Fulhenor. —Entrecierro los ojos y hago una mueca—. Necesito conseguir un anillo. Uno que la enloquezca. Pensé en un diamante azul. A ella le gusta ese color.

—Pídeselo a Francis. Fue él quien te consiguió el que le diste a Vanir, ¿no?

—Ella no es Vanir —replico al límite de mi paciencia—. Esta vez quiero elegirlo yo mismo.



—¡Vaya proeza! Te ayudaré solo si respondes algo: ¿de verdad quieres casarte con ella? Es decir, el matrimonio es para siempre, no solo un capricho que puedas deshacer al día siguiente.

Lo observo fijamente, molesto. ¿Por qué quiere meterse en esto? No voy a hablarle a Gregorie sobre mis sentimientos por Emily. Es algo que solo me incumbe a mí. Ni ella misma se imagina la inmensidad de lo que siento.

—Magnus. —Me mira decepcionado cuando no respondo—. Si no me hablas con la verdad, no voy a respaldarte.

—Soy consciente de la locura que pienso cometer, pero te juro que la quiero en mi vida.

—¿Querer de querer o querer de desear?

—Cuando quieres a alguien, el deseo y el amor vienen de la mano. Aunque muchas veces quien desea no ama, no es mi caso. —Sonríe como si hubiera descubierto algo, haciéndome sentir expuesto—. No voy a hablar de mis pensamientos libidinosos. Quiero que sea mía y punto.

—¿Como tu esposa, tu amiga, tu apoyo, tu amante y la madre de tus hijos?

—Lo último podemos excluirlo de la lista. Ni siquiera sé si aceptará mi propuesta y ya estás pensando en herederos indeseados.

—De acuerdo, llamaré al orfebre.

* * * *

Son las ocho de la mañana y sigo aquí desvelado junto a Gregorie. El orfebre llegó somnoliento con un par de ayudantes medio dormidos. Los obligué a sacar todos los diamantes azules que tuvieran y me tomé mi tiempo en escoger el perfecto, pese a que ellos afirmaban que todos eran iguales. Lo cierto es que no me importó; necesitaba estar seguro de que el que escogiera gritara Emily. Hasta quise que buscaran uno más grande, más brillante, más filoso. Me senté en una mesa para



diseñar cómo quería la pieza. Primero pensé que tuviera forma de corazón, pero eso habría sido demasiado romántico. Luego pensé en algo redondo y lo descarté por ser muy común. Me decanté, al final, por un corte rectangular, elegante, digno de la futura reina de Larcronnte. Jamás había dibujado algo que no fuera para mi madre, y ahí estaba yo, garabateando la forma de un anillo para alguien que ni siquiera quiere verme. Además, pedí que le agregaran diamantes alrededor y un grabado interno en el aro que dijera más de lo que soy capaz de expresar. Por un momento, pensé en poner mi nombre, pero el aburrido de mi primo dijo que sería muy egocéntrico. Tres horas estuve planeando esto, así que espero que al menos ella me dé otra oportunidad.

—Por cierto, ¿cómo es eso de que Elisenda está embarazada?

—Saco el tema que habíamos dejado en el olvido. Y nada más mencionarlo, a Fulhenor se le ilumina el rostro en medio de tanto cansancio y me mira, orgulloso.

—Bueno, ya sabes cómo se hacen los bebés. No hay mucho que decir. Nos enteramos hace poco y estoy muy feliz, primo. ¿Entiendes? Habrá alguien en el mundo que me llame «padre». Seré el ejemplo, la guía para un ser humano. Estoy emocionado. Es la mejor noticia que me han dado en la vida. ¡Y tú serás el padrino! Recuerdo que lo pediste allá, en el antiguo Grencowck, mientras esperábamos a Sigourney, y yo no olvido nada.

Los ojos le brillan con una felicidad que no había visto en él. Ni siquiera cuando se enamoró de Lerentia y volvió a tener ese brillo juvenil que había perdido.

—Pues felicidades. Su hermana estará feliz. Quizás ella quiera ser la madrina.

Aquello no le causa gracia. Sé que Elisenda no quiere estar cerca de su hermana por un error que casi le costó la relación a Gregorie. Ambos odian a esa mujer y yo también.

—Mi Eli y yo también nos vamos a casar.

Abro los ojos. Es decir, es de esperarse, pero ¿por qué lo dice hasta ahora? Me he pasado toda la mañana hablando de mi pedida de



mano, hasta me siento egoísta. Y lo soy, por supuesto, solo que no me gusta serlo con él.

—Esposo y padre. ¿Cómo puedes callarte algo así, Fulhenor? Cuando supe que quería pedirle matrimonio a Emily, lo primero que pensé fue en decirte.

—Eso es porque me amas.

—No te pongas ridículo.

—No lo negaste. —Levanta las cejas con parsimonia. No, no lo negué, pero tampoco se lo diré en voz alta—. En fin, será algo pequeño, así lo queremos ambos. Las dos familias y algunos amigos cercanos. Ella no quiere que la barriga le crezca demasiado antes del gran día, por lo que lo haremos pronto. Sin embargo, quiero aclarar que la propuesta llegó antes de saber que esperábamos un hijo.

—No iba a juzgarte.

—No quiero que la gente piense que se lo pedí por eso. ¿Comprendes?

—Yo no soy *la gente*, soy tu primo.

—Y mi padrino de bodas. Uno que no puede renunciar al cargo. Si lo haces, dejaremos de ser familia, así que más te vale hacer las cosas bien con este asunto porque quiero que vengas acompañado. ¿Ya tienes tu discurso para pedir la mano de Emily? —Cambia de rumbo—. ¿Hablaste con sus padres?

—Sus padres me odian y la verdad es que los nervios no me han dejado pensar demasiado. Además, ¿qué podría decir que valga la pena para ella? ¿«Perdóname y cástate conmigo»? En otras circunstancias, le recordaría lo afortunada que será de convertirse en mi esposa. Ahora no es posible.

—¿Y qué le dirías? ¿«Aceptarías ser esposa de este hombre inteligente, millonario y rey absoluto de Lacrontte»?

—Humildemente, sí, lo diría, aunque te faltó *apuesto*. En cambio, tendré que rogar para que al menos quiera escuchar mi propuesta.

Las carcajadas de Gregorie golpean las paredes del taller y las mías lo acompañan. Es la única persona, sin contar a la de los vestidos de jardín, que logra hacerme reír. Desde que éramos más



jóvenes, Gregorie me deslumbró con esa peculiar alegría y soltura. Parecía que todo le era sencillo y que nada lo lastimaba. Lo admiraba y lo sigo haciendo. Es como mi hermano mayor, uno mucho mejor. Sé que va a ser un padre magnífico.

Estar distanciados fue extraño para mí. Desde que nació, mi primo ha estado ahí para mí, y yo para él. Me vio aprender a caminar y crecer, me aconsejó, me enseñó a fingir atención en las largas reuniones, a escalar las altas paredes del palacio y a lanzar dardos, flechas y hasta piedras en el río. Vi sus errores y él los míos. Nos vimos convertirnos en hombres y recuerdo haberlo visto muchas veces en los pasillos esperar por horas a que me dieran unos minutos para recibir su visita. Estuvo ahí para mí cuando mis padres murieron y juró estar cada vez que lo necesitara; yo estuve ahí cuando su padre murió y le hice la misma promesa. Por ello, cuando de un momento a otro desapareció de mi vida a causa de nuestra pelea estúpida por Lerentia, sentí ese vacío inmenso que me descolocó por días. Traté de arreglar las cosas un par de veces... Bueno, en realidad solo una. Quise hacerle entender que nada había pasado entre nosotros y que jamás pasaría, pero él me rechazó con un odio que nunca me había mostrado y admito, aunque me cueste el orgullo, que me dolió. Me gusta tenerlo de vuelta.

—Por cierto, Gregorie, necesito que me hagas otro favor. Francis se resiste a hablarme y mi vanidad no le va a insistir. Requiero que adecúen el palacio para la llegada de Emily. Dile que pinten alguna pared de azul y que pongan flores en las mesas o planten algo en el jardín trasero.

—¿Flores? ¿Plantar? Me parece que alguien está enamorado.

—Ahórrate los comentarios y solo hazle llegar el pedido al viejo amargado.

—Tú déjalo en mis manos. Espero que, si algún día yo lo arruino, recuerdes estos favores y no me dispaes.

—¿Por qué habrías de arruinarlo?

—Es un simple comentario. —Se encoge de hombros con una sonrisa que sé que esconde algo—. Tenlo en cuenta, y más si es algo que ya pasó.



—¿Tiene que ver con Emily? —pregunto directamente.

Se queda callado y mira hacia los lados como si fuera un niño orgulloso de sus travesuras. ¿Qué diantres hizo? Le ordeno que hable y no lo hace. Le cuesta sacar lo que sea que ocurrió y yo empiezo a desesperarme.

—Puede que le haya pedido que nos besemos.

La piel se me calienta al instante, la sangre me hierve y el cuerpo se me endurece. ¿Qué acaba de decir?

—Si no quieres que te asesine, dime que es una broma ahora mismo, Gregorie Allan.

—No me puedes matar, voy a ser padre. Además, no nos besamos, fue solo una propuesta y ocurrió cuando ustedes fingían ser novios. Ahí todavía no te gustaba, ¿o me equivoco?

Siento cólera, indignación, furia. Tengo los músculos tensos y es como si tuviera una daga atravesada en la garganta. ¡Por todos mis muertos! ¿Tenía que decirme eso justo ahora? Imagino la escena y se me crispa hasta el alma. Él debía saber que esa mujer iba a ser mía tarde o temprano.

—Voy a dispararte, te lo ganaste —le aviso mientras busco el arma que siempre cargo en el cinto.

—No. —Se levanta de la silla, asustado, y me señala como si hablara con un can rabioso—. Yo no te disparé cuando pasó lo de Lerentia.

—Eso es porque nada ocurrió entre nosotros.

—Y entre Emily y yo tampoco. Ella no aceptó.

Ahora soy yo quien se levanta. Lo dijo. No soy idiota. Si Emily hubiera aceptado, él la habría besado. Es justo lo que acaba de decir.

—No sé qué estás pensando, primo. —Me devuelve al plano con un tono angustiado—. Pero te aseguro que no es lo que crees. Emily no es mi tipo.

—¿Acabas de decirle fea a mi futura esposa?

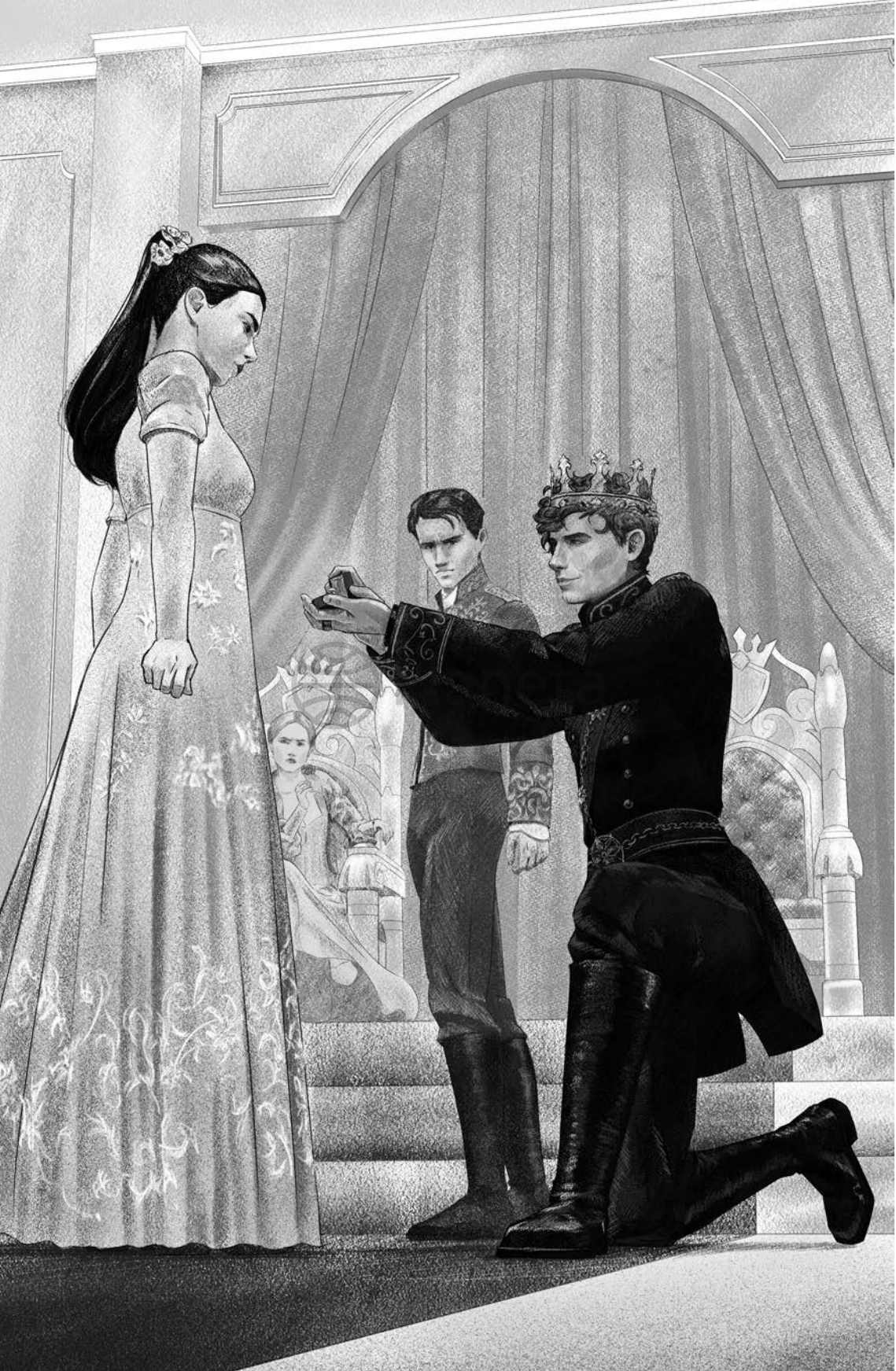
—¿Qué? No. Solo recuerda que, si me haces algo, te quedarías sin anillo y sin mensajero.

Me detengo, porque no tengo otra alternativa. Necesito su ayuda. ¿Y ella por qué no me lo había contado? Me encoleriza saber que



no puedo reclamarle nada, porque juro que será lo primero que le diría cuando nos volvamos a encontrar. Por todos los muertos que cargo en la espalda, Emily Malhore, vas a volverme loco y mucho más si al final no aceptas casarte conmigo.







1

MISHNOCK

HELIA 7 — ESTADO TEMPORAL 5 — AÑO 3

EMILY



Lo dije.

Lo hice.

Acepté.

Voy a casarme con Magnus Lacrontte. Voy a casarme con el rey enemigo. Voy a casarme con el hombre que me rompió el corazón.

—¡Emily, por favor! —Escucho a Stefan hablar casi entre dientes—. No hagas esto.

Lo miro. Está pálido, como si le hubieran drenado la mitad de la sangre del cuerpo y solo quedara un caparazón sin alma.

—¿Te di una oportunidad de escapar y así me lo pagas? —El reclamo encolerizado de Lerentia es casi cómico. No le debo nada... o quizás sí. De ser así, no me interesa saldar la deuda.

—Ahora no tiene necesidad de escapar, majestad. —La voz de Francis es la única que emana calma.

Tiene razón. Voy a ser libre por fin, pero así no era como quería que fuera mi historia. Quería a alguien que me amara de verdad, alguien en quien pudiera confiar, y Magnus no es ninguna de esas dos cosas.

Devuelvo la atención a los brillantes ojos verdes del rey de Lacrontte, quien sonrío sin los reparos que suele poner. Saca la



sortija de su estuche, me toma la mano y me pone el anillo en el dedo anular. De inmediato siento el peso del zafiro y también el peso de mis decisiones.

—Emily, por favor, recapacita. ¿De verdad quieres esto después de lo que él te hizo? —Las súplicas de Stefan no pueden resultarme más reconfortantes.

—Lo que ambos me hicieron —le recuerdo.

Lo miro y veo la ira en sus ojos, ahora oscurecidos. Veo todo lo que vivimos y lo que esperábamos vivir. Nos prometimos tantas cosas que en este momento se me hacen ridículas. ¿Cómo pude convencerme de que funcionaría? No me arrepiento de haberlo querido. Me arrepiento de haber sido tan ciega y no ver las señales. Y lo peor es que aplica para ambos casos.

Paseo la vista por la sala hasta dar con el rostro enojado de su esposa y recuerdo cada humillación y cada acción con las que ella intentaba hacerme sentir pequeña. Dentro de poco tendremos el mismo título y una corona parecida sobre la cabeza. No tendrá razones para señalarme. Yo también seré reina y, a diferencia de ella, yo seré una Lacrontte.

—¡Magnus, fuera de mi palacio! —grita mi carcelero igual que un niño ofendido.

—Será un placer —anuncia a medida que se levanta—, pero solo me iré de aquí con mi prometida, Denavritz.

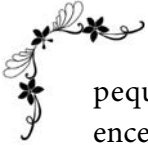
—No vas a llevártela.

—¿En serio crees que vas a impedírmelo?

—Él no va a llevarme —aseguro con la espalda derecha y la voz firme—. Voy a irme porque quiero. Atelmoff, por favor, acompáñame a recoger mis cosas.

Me vuelvo hacia él. Tiene la mirada decaída, con una mezcla entre alegría y nostalgia. Me sonrío con un gesto que le cuesta. Estoy segura de que todos aquí pueden ver su tristeza y su lucha por ocultarla.

Atelmoff y yo salimos de la sala custodiados por guardias lacrontters y caminamos en silencio. Siento el corazón apretado y



pequeño. No quiero dejarlo, pero tampoco quiero continuar encerrada.

—No pienses que estoy triste, querida —dice mientras subimos las escaleras—. Estoy muy feliz por ti. Saldrás a vivir. Bueno, sí estoy triste, aunque mi tristeza no es relevante.

—Lo es. Tú eres relevante.

Busca mi mano y la aprieta con suavidad. Gira la cara hacia la pared y se detiene cuando llegamos al segundo nivel. No puedo verlo; sin embargo, siento sus lágrimas. Me acaricia el dorso y con los dedos ubica el anillo que me une a Magnus.

—Fue divertido pasar tiempo contigo —suelta con la voz estrangulada.

—¿Eso es lo que me dirás?

—Te voy a extrañar y sé que tú también a mí. Soy irremplazable y maravilloso. Seguro una de las personas más increíbles que se han cruzado en tu vida. Brillo. Soy casi un sol humano.

No deja de halagarse por un rato y yo no lo interrumpo. Ese es su mecanismo de defensa.

—¿No te gustan las despedidas, Amoff?

—¿A quién le gustan, realmente?

—No quiero dejarte aquí. —Me suelto de su agarre y lo abrazo por el cuello. Él continúa de espaldas, pero no se niega a recibirlo—. Puedes venir con nosotros, aunque sé que no lo harás.

—Querida, yo he criado a Stefan. —Se vuelve por fin y se seca el llanto antes de mirarme con esos impresionantes ojos azules—. He secado sus lágrimas, he visto sus tristezas, alegrías y desvíos. Lo quiero y no puedo dejarlo solo ahora que está perdido. Él me necesita y siempre voy a estar a su lado, así desaprobe sus acciones.

—Tú no lo quieres, Atelmoff. Tú lo amas.

—Lo amo, sí. Lo voy a amar hasta el día en que muera. No es algo que pueda explicarte. Solo ten claro que no voy a dejarlo solo jamás. Puedes castigarme por mi decisión y lo aceptaré sin chistar.

Lo entiendo. Es casi su padre y el mío nunca me abandonaría, a pesar de mis errores.



—Yo no voy a odiarte ni hoy ni mañana.

—Eso no lo sabemos. Desconoces algunas cosas de mí que te sorprenderían.

—Sé que no eres una mala persona. Pero, si me lo permites, hay una última cosa que quiero preguntarte —le digo en voz baja. No quiero meterlo en problemas si es que un guardia mishniano nos escucha—. Es una duda que no me deja en paz. Es sobre la reina y juro que no tiene que ver con lo que hablamos la ocasión pasada. —Asiente, dándole entrada a mi duda—. Recuerdo que dijiste que Nahomi solo tuvo una hija. Entonces, ¿quién era Nicholas y por qué se hacía pasar por su hermano?

Sonríe. Es todo lo que hace por un momento. Pensó que lo olvidaría, que lo dejaría pasar. Claro que no, así como tampoco olvidó su otra sonrisa cuando le pregunté si quería a la reina.

—Digamos que era una justificación y un juego al mismo tiempo. Te conté también que los padres de Silas no aprobaban una relación con plebeyos y que por eso inventaron que Genevive era una noble, así que necesitaban que un noble de verdad la apadrinara. Nicholas se prestó para eso. Se hizo pasar por su hermano para cobijarla bajo su título y su apellido.

—Entonces, ¿cuál es el verdadero apellido de la reina y de Nahomi?

—Solo era una pregunta y ya la respondí. Vamos por tus cosas, querida. Tu futuro esposo te espera.

* * * *

Cuando regreso a la primera planta, con los guardias lacrontters, no hay rastro de Stefan ni de Lerentia. En su lugar, Magnus y el señor Modrisage me están esperando. El primero me mira con impaciencia, quiere que nos vayamos de aquí, y el segundo sigue con su calma característica, vigilando mi llegada. Él es a quien me dirijo.



—Antes de marcharnos, necesito hablar con mis padres —digo lo suficientemente alto para que su rey escuche.

Francis gira el cuello hacia Magnus, buscando una autorización. Este no habla, solo aprueba con un movimiento de cabeza.

—Como guste, señora Lacrontte.

—Aún no lo soy. Emily está bien.

Asiente sin más. ¿Lo hace para fastidiarme? No lo creo. Francis no parece esa clase de hombre. ¿Será una orden de Magnus? Es probable.

Al salir del palacio, solo me despido de Christine y Leslie, mis doncellas en Mishnock. Estoy ansiosa por largarme de aquí, aunque no muy feliz debido a todo lo que me espera. Los nervios se apoderan de mi cuerpo cuando noto que nos acercamos a casa. Hace tanto tiempo que no veo a mis padres que, en el momento en que piso la entrada y llamo a la puerta, se me agita el corazón como si huyera de un león.

—¡Emily! —El grito de mamá me llena de vida.

En cuestión de segundos, me rodea en un abrazo. Yo no digo nada, no me sale ninguna palabra. Me sostengo de ella y me acuno en su hombro. La extrañaba tanto que parece irreal volver a tocarla. Es confuso: me siento eufórica y en paz a la vez. Su olor almizclado, su piel sedosa al tacto y su manera de estrecharme, como si me protegiera de algo, me hacen retroceder en el tiempo. Ojalá pudiera ser siempre así.

Mia aparece, me abraza por la cintura mientras confiesa cuánta falta le he hecho y me ruega que no vuelva a marcharme. Padre viene después, limpiándose la tierra de las manos con un pañuelo que tira al suelo en cuanto me ve. Salió del patio, por lo que estoy segura de que arreglaba mi jardín.

—Mi niña —dice cuando llega a mí.

Ni siquiera intento contenerme. Me aferro a su camisa con ímpetu y él me acaricia la cabeza. Papá es algo diferente para mí. Lo amo incondicionalmente. Es la persona con la que más segura me siento. Él logra unir todos los pedazos de mi corazón, aquellos que



mamá me ayudó a recoger y cargar. Papá es mi estrella más brillante y el hombre en el que más confío. Ojalá no tuviera que irme, ojalá pudiera retomar mi vida como la conocía, ojalá pudiera protegerlos de todas mis decisiones. Ojalá, ojalá, ojalá.

—¿Quién es él, Mily? —pregunta mi hermana menor, señalando al señor Modrisage.

—Vino a acompañarme. Trabaja en el palacio. Su nombre es Francis.

No es una mentira. Solo no dije de qué palacio.

—La esperaré afuera, señorita Malhore —dice un tanto incómodo antes de dedicarme una reverencia corta. Ya empezamos con las muestras de respeto.

—¿Vas a quedarte, Mily? ¿Ya Stefan te dejó ir? —Mia sigue con el interrogatorio y se me hunde el pecho.

¿Debería decir que sí? ¿Explicarles cómo sucedió todo? ¿Que en realidad estoy escapando de él de una manera *legal*?

—Voy a casarme con el rey Magnus —suelto sin anestesia. Entre más lo piense, menos me animaré.

Sus rostros palidecen y se quedan estáticos un segundo. Me miran y luego se miran entre sí. Veo el cuerpo de papá tensarse y la cara de mamá, que, aunque sorprendida, no me juzga.

—¿Serás una reina! —Mi hermana es la única feliz por la noticia—. En las tutorías van a estar asombrados de que mi hermana sea una reina.

—Hija, no lo entiendo. —Papá no tarda en reaccionar—. ¿Tú no querías ni verlo y ahora vas a casarte con él? ¿Te está obligando? Puedes decírmelo. Te prometo que encontraremos una solución.

Me duele el corazón al escucharlo. Asqueroso día en el que Magnus tuvo la idea de venir a buscarme acá, porque, pese a que papá no está al tanto de lo que ocurrió, sí sabe que yo estaba profundamente herida por él. No me queda más que inventarles que ya lo perdóné y que logramos entendernos. ¿El resultado? Ninguno me cree. Mamá me dedica una mirada llena de pena y una sonrisa caída mientras papá enarca una ceja, incrédulo.



—No nos mientas ni te mientas a ti misma, por favor, hija —ruega papá. Me conoce bien.

—No miente —Mía me defiende mientras da pequeños saltos de felicidad—. Emily no es una mentirosa. Ella será reina de Lacrontte y yo princesa. ¿Verdad que sí?

—¿Y tú quieres ser reina? —La pregunta viene de mamá, quien ahora es la más calmada de los tres—. Todas mis hijas nacieron para grandes cosas. La cuestión es si tú quieres ese cargo.

No, no quiero. Mi única meta era tener una floristería. La cuestión es que las cosas han cambiado y los planes más sencillos ahora son los más lejanos. Seré reina de Lacrontte hasta que tenga un plan para renunciar al título y divorciarme de Magnus.

—Claro que quiero. —Imposto la voz para crearme la mentira—. Y quiero que ustedes estén a mi lado cuando eso pase. Vengan a vivir a Lacrontte conmigo, se lo ruego. Allá podrán abrir la perfumería y no tendrán que lidiar con las críticas a las que los someten aquí. Será un nuevo comienzo, padre. —Lo miro con anhelo, con ganas de que de verdad me entienda y me apoye—. ¿Recuerda los locales lujosos de perfumerías que vimos en Mirellfolw? Tendrá uno igual o mejor, se lo aseguro. Será su sueño hecho realidad.

Mi hermana los mira, asintiendo con la cabeza, muy emocionada. Ella claro que quiere irse de aquí, el problema es que mis padres, igual que dos muros de hierro, no me dan ninguna señal de que deseen lo mismo.

—Hija, te amamos —empieza mi madre con un tono melancólico—, es solo que Lacrontte, su gente y su rey no son de nuestro agrado. Ellos le han hecho mucho daño a nuestro pueblo y no es algo que podamos olvidar de un momento a otro.

—Yo seré una lacrontter —les recuerdo con la voz deshecha—. No me dejen sola, se lo suplico.

—La única lacrontter a la que amaremos serás tú. Jamás vamos a dejarte sola. Ten por seguro que iremos a visitarte muy seguido. Debes entender que nuestra vida está aquí: tu hermana Liz está



embarazada, la madre de tu padre depende de nosotros y Mia está casi a mitad de las tutorías.

Sé que Liz los necesita también, por ende intento no ser egoísta y dejo de insistir. Comprendo su rechazo hacia Magnus y el reino. Hemos pasado muchas amarguras a causa de su gente y nuestra vida está en Mishnock. . . Bueno, la suya. Ahora la mía está al otro lado de la frontera.

—Entonces no hay otra cosa que decir. —Me resigno con el alma rota—. Espero volver a verlos pronto.

—¿Te vas ya? —La pregunta de papá quiebra lo poco que quedaba intacto. Su mirada triste me desarma y me hace frágil—. Pasa la noche aquí, al menos.

—Debo salir rápido de Mishnock, antes de que Stefan busque complicar las cosas.

Puedo sentir el dolor de mis padres mientras me abrazan para despedirse, el llanto de mamá en mi hombro y el desasosiego que papá trata de ocultar fallidamente. No soy capaz de salir de casa, pues cuando cruce la puerta nos separaremos de nuevo y no estoy preparada para enfrentar mi presente.

—Dos de mis niñas se van de casa en menos de un año. Daniel y el rey de Lacrontte no imaginan lo que me han robado. Gracias a Dios, Mia apenas tiene once años.

—Tú también me robaste de casa, Erick —señala mamá con una sonrisa cómplice que papá corresponde.

Este es un momento burbuja dentro de la caja de mis recuerdos que explota demasiado pronto. Extrañaré mi vida de plebeya; extrañaré mi casa, mi familia, y extrañaré llevar el Malhore como primer apellido.



2

EMILY



El viaje hacia Lacrontte fue largo y lleno de nostalgia. Quise llorar muchas veces, arrepentirme, pero me las apañé para que el señor Modrisage no notara mi lucha interna. Y aquí estamos ahora, en medio de la sala del palacio de Lacrontte con una fila de guardias y doncellas que me hacen reverencias, como si muchos de ellos no me conocieran ya. Este lugar, a simple vista, parece no haber cambiado, y aunque todo luce igual que como lo recordaba, hay una cosa llamativa y visiblemente diferente: una pared pintada de azul y una mesa dorada tallada sobre la que hay un florero con rosas blancas. Flores. Puso flores aquí.

—Parece que hay algo que no encaja —le digo a Francis con la mirada puesta en el único muro colorido.

—El rey quería que sintiera que esta también es su casa.

—Lo dudo. Para mí, seguirá siendo la casa Lacrontte —digo al aire, enfocada en el brillante piso pulido y las imponentes paredes llenas de cuadros de reyes antecesores.

—Nuestra casa.

La voz de Magnus me toma por sorpresa cuando aparece desde el fondo del pasillo. Viene despeinado, como si acabara de lavarse el cabello, aunque no se lo veo mojado. Tiene puesto un pantalón oscuro y una camisa negra holgada que esconde sus músculos. Se ve



tranquilo, despreocupado y feliz. Me sonrío y aparecen los hoyuelos de sus mejillas. También le brillan los ojos con una peculiar emoción que sé que se debe a mi presencia. Luce tan apuesto como todos los días, solo que hoy su belleza no borra el odio que le guardo.

—Bienvenida, Emily —habla con calma, como pocas veces lo hace. Trata de adivinar mi humor—. Si hay algo que no te guste, puedes cambiarlo.

No contesto. En cambio, busco a Francis con la mirada para que me indique a dónde puedo ir a descansar.

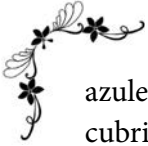
—Algún día tendremos que sentarnos a hablar. Eres mi prometida.

—Retrasaré el momento tanto como pueda. Quiero tomar un baño —le digo directamente a su consejero—, ¿dónde puedo hacerlo?

Francis hace una reverencia y se aleja, ignorándome. ¿Se pusieron de acuerdo? Magnus se da media vuelta y me extiende la mano para llevarme. No la tomo, simplemente lo sigo sin decir una palabra.

El interior del palacio tiene ese característico olor a limpio tan agradable. Los guardias bajan la cabeza a medida que avanzamos y en el camino reconozco a custodios con los que conviví cuando estuve aquí como prisionera. ¿Me recordarán? Quizás. ¿Qué pensarán de mi nuevo título? Tengo fresca en la memoria la apuesta que una vez hicieron frente a mí, esa sobre que el rey Lacrontte no se casaría jamás con una plebeya y mucho menos una mishniana. Bueno, ¡sorpresa! Creo que todos deberían darme su dinero.

No me percaté del momento en que llegamos a la habitación, pero una vez me doy cuenta de lo que tengo en frente, quedo maravillada. Es alucinante, parece que cada detalle gritara mi nombre. Paredes blancas contra un techo celeste que pinta brumas parecidas a la espuma del mar. Una cama de madera color hueso sin dosel, frente a un tocador alto y de marfil lleno de cremas, lociones y flores. ¡Por todos los cielos, hay más flores! Son gardenias dentro de un jarrón de cristal, llenan la alcoba con ese olor cremoso que por alguna razón me recuerda al coco. Además, hay dos grandes ventanales que bañan de luz natural la habitación a pesar de las cortinas



azules que ondean por la brisa y que merman la luminosidad del día, cubriendo a su vez la hermosa vista hacia el jardín trasero del palacio. Esto es como ver una nube en tierra firme.

—Sabía que te gustaría —dice Magnus con una sonrisa de orgullo. Estoy segura de que puede ver el brillo en mis ojos.

—Para ser sincera, no esperaba ver flores.

—Te dije que no quedaría rosal en pie, Emily, y yo cumplo mi palabra.

—Permíteme dudarlo.

Lo escucho carraspear, irritado por el comentario. Los papeles han cambiado y no me desagrada en lo absoluto. Antes era yo quien debía aguantar sus ácidas palabras y tratar de guardar la calma para no discutir. ¿Qué se siente tener que esforzarte por ser paciente cuando muchas veces recalcaste que no era una cualidad con la que contabas? Haré que te tragues cada uno de tus discursos, Magnus Lacrontte.

—Mi habitación es la de al lado. Puedes ir allá cuando quieras, hasta por lo más mínimo. Siempre voy a recibirte.

—Voy a darme un baño. Puedes retirarte.

De nuevo, pongo su temple al límite. Esta vez suspira, frustrado. No lo miro, porque no quiero verlo a la cara. Lo único que deseo es que se vaya y me deje sola con mis pensamientos.

—Va a venir el registrador para darte tu nueva identificación. Francis te acompañará, ya que no toleras estar conmigo. Yo te veré para cenar, así que, por favor, ve.

Oigo sus pasos y luego la puerta al cerrarse. Por fin se ha ido y a mí se me rasga un poco el corazón cada vez que lo hace. Lo quiero tanto que lastima.

La habitación queda impregnada con su perfume, opacando a las gardenias. Siento la madera y el almizcle en el aire. Es mi olor favorito en el mundo y le pertenece a la persona de la que menos quiero tener recuerdos. Sin embargo, esas notas saben bien cómo llevarme a esas noches en Cristeners en las que nos volvíamos cómplices, en las que creí en él, en las que lo dejé entrar en mi alma. Corro hacia el



otro lado de la pared y cierro el ventanal abierto con prisa, porque lo detesto, pero no quiero que su fragancia desaparezca.

Me descalzo mientras camino en busca de la tina. Voy por un pasillo que hay justo después de la cama y ahí encuentro dos puertas: la primera me lleva a un vestidor enorme con trajes en toda la gama de colores, me recuerda al armario que pusieron para mí en Cromanoff. Hay maniqués de metal y alambre vistiendo piezas largas con corsés de un tono rojo que seguro fueron solicitadas por su rey. Hay estantes llenos de zapatos altos y coronas. ¡Vida mía! Parece que hay toda una colección para que combinen con cada vestido. Una en particular está separada del resto. Está puesta sobre una almohadilla vinotinto y protegida detrás de un cristal con llave. Es una corona de oro con gemas rojas y diamantes blancos y azules, que tiene debajo una pequeña placa que dice: «Reina Emily I de Lacrontte». Por alguna razón, me quedo de pie, observando en silencio lo que seguro usaré en mi coronación, con una sonrisa llena de melancolía.

Tras la otra puerta espera el cuarto de baño, de paredes y piso de mármol con un gran lavamanos y espejo cromado. En medio hay una tina, justo frente al ventanal, que otra vez me regala la vista al jardín, y al lado, una ducha vertical en la que podríamos caber Magnus y yo, aunque por supuesto no voy a invitarlo. Ah, también me han dejado una bata de baño. Por fin tendré una propia. La última vez que estuve aquí, peleé con el traidor porque usé la suya sin su permiso. Ahora no solo me dio una bata, sino que también me dio su reino.

* * * *

El registrador es más anciano de lo que creí. Su cabello parece un ramo de algodones y acompaña una cara larga y llena de arrugas. El hombre habla lento mientras me pide toda la información. Sé cómo contestar a cada una de sus preguntas hasta que llega a la decisiva.



—Para ahorrarnos papeleo futuro, le pondré de inmediato el apellido Lacrontte. ¿Está de acuerdo con eso?

Supongo que es una tontería posponerlo, aun así miro a Francis, quien se ha mantenido callado todo el rato, como si fuera mi guardia personal.

—Es más práctico de esa manera —responde a mi duda silenciosa.

—¿De acuerdo, entonces? —insiste el señor y sin más remedio asiento—. Firme aquí, majestad.

Me costará acostumbrarme a ese título. He vivido haciéndoles reverencias a otros y ahora seré yo quien las reciba. Ni en mis más locos sueños lo imaginé. Mucho menos que ese poder me lo daría el reino enemigo.

El hombre me pasa un papel y mi identificación, ambos con dos espacios en blanco para llenar. Olvidando mi firma de siempre, escribo: Emily Ann Lacrontte Malhore.

—El rey Magnus la espera en el comedor para cenar —avisa su consejero una vez nos quedamos solos—. No está obligada a ir, aunque él agradecería que asistiera.

—¿Crees que algún día podremos reparar lo que él rompió? Yo lo veo difícil.

—Dijo difícil, no imposible. Entonces existe la posibilidad y él está dispuesto a intentarlo. ¿Lo está usted?

—No —contesto con total franqueza y enseguida siento un nudo en la garganta—. Magnus acabó con la parte de mí que creía en nosotros y ahora no se puede tapar el desastre con una seda de morera.

Francis sonríe como si aquello le recordara algo que había olvidado. Es la primera vez que lo veo sonreír, o al menos no recuerdo que haya pasado antes.

—La respuesta está en el anillo —dice antes de volver a su estado natural—. Ahora, permítame acompañarla al comedor.

¿Qué se supone que significa eso?

A medida que caminamos, me sacó la sortija bajo la mirada atenta del señor Modrisage. El problema es que, por más que busco, no